

29° Domingo Ordinario B/2012

Las lecturas de este domingo contrastan la grandeza humana con la grandeza de Dios. Nos muestran que el camino que conduce a la grandeza verdadera es el servicio a nuestros semejantes. Nos invitan también a aceptar este camino del señor si queremos ser contados grandes en el reino de cielo.

La primera lectura del libro de Isaías describe los sufrimientos del servidor de Dios. Muestra que él ha soportado el sufrimiento por la justificación de muchos. Muestra igualmente que el servidor del Señor ha ofrecido su vida como expiación para el pecado y su propio cuerpo por la culpa de muchos. Por medio de él, los designios de Señor se cumplirán.

Lo que este texto nos enseña es que la salvación nos viene por medio del sacrificio del servidor de Dios. Este servidor ha aceptado voluntariamente pasar por el sufrimiento y humillación afín de traer la luz y la vida al mundo.

Este texto nos ayuda a entender mejor el Evangelio de hoy en que Jesús invita a sus discípulos a mostrar su grandeza a través su servicio a los otros. En primer lugar, el Evangelio dice que Santiago y Juan, dos de sus discípulos, querían que Jesús les concediera el favor de sentar en su gloria uno a su derecha y el otro a su izquierda.

Por esta petición, Jesús se daba cuenta que ellos no entendieron nada a su vida. Por su parte, Jesús les preguntó si eran capaces de compartir su sufrimiento y la experiencia terrible que él tuvo que pasar. Como mostraban seguridad en su respuesta, Jesús les aseguró que no todo le corresponde a él concederlo, sino a su Padre.

Al oírlo, los demás apóstoles se indignaron contra los dos hermanos. Pero, Jesús les recordó que debían comportarse en forma diferente a los jefes y a los poderosos de este mundo. Para Jesús, el que quiera ser grande debe ser el servido y el esclavo de todos. Después de todo, él es el ejemplo que tienen que seguir porque no ha venido que lo sirvan, sino a servir y a dar su vida por la redención de de todos.

¿Qué aprendemos de este texto? El único punto que quiero acentuar hoy es la importancia de la autoridad como servicio. En efecto, hay en cada uno de nosotros un deseo profundo para ser reconocido, apreciado y honrado, sobre todo cuando hemos hecho algo valioso en la vida. Tal deseo es normal y legítimo.

Igualmente, hay en casi cada uno de nosotros un deseo de estar en autoridades. Nosotros ejercemos ya la autoridad en varias esferas de la vida como padres, profesores, catequistas, sacerdotes, hombres o mujeres de negocios, etc. Como en el primer caso, todo esto está bien y legítimo.

Sin embargo, los motivos por los que la gente desea tener autoridad son diversos y diferentes. Es precisamente aquí que hay un problema. De hecho, a algunas personas les gusta tener autoridades, porque les hace importantes a los ojos de los demás. En esa perspectiva, ellos son los jefes y los otros les obedecen. Hay también la gente a quien le gusta estar en autoridades debido al prestigio que les trae en su vida. En esa perspectiva, la autoridad les da a su vida un sentido que no puede adquirir sine esa posición. Para algunos otros, la autoridad y los puestos son interesantes debido a los

beneficios financieros que pueden cosechar. En esa perspectiva, la autoridad se hace una fuente de ganancia.

En todos estos casos, la autoridad se considera como una posibilidad para promover el honor y la gloria. Al final, la autoridad debe tener un sólo objetivo de servir a los intereses de alguien. Tal concepción de la autoridad y grandeza es simplemente egoísta. Esta fue la concepción de la grandeza que los dos hermanos tuvieron.

Para Jesús, al contrario, la autoridad es en primer lugar una oportunidad de servir y promover el bien de los demás. No es una busca de la gloria y del honor. Esta es la razón de por qué contrasta el modo que sus discípulos tienen que comportarse y el modo que los poderosos de este mundo ejercen su poder.

Al decir esto, en efecto, Jesús no rechaza la autoridad o el deseo de la grandeza como algo malo. Lo que él quiere es que nuestro deseo de la grandeza se vea a través nuestros esfuerzos para hacer el bien a los demás y no en la busca de los intereses personales. Por eso, en la concepción de Jesús, la grandeza tiene que hacer más con la renuncia del poder y con la aspiración de servir a los demás.

Es claro que la visión que Jesús presenta es un desafío para nosotros, particularmente cuando consideramos la manera que ejercemos nuestro mando cada día. Un líder bueno es el que sacrifica todo a fin de hacer los demás felices, y no el que hace pesar su autoridad sobre los demás. Si no tenemos ninguna consideración para los que están bajo nuestra autoridad, los degradamos y los humillamos. Al final esto viene a una suposición que ellos tienen un deber de obedecer y nosotros tenemos el derecho de mandar.

No quiero decir que a fin de ser un líder bueno, tenemos que ser fáciles o suaves con los que están bajo nuestra autoridad. El problema es sobre la manera que ejercemos la autoridad si esta se hace una carga por los demás o si es una manera de ayudarles a fin que lleguen a la realización de sus aspiraciones. En este proceso, es también importante de evitar imponer a los demás lo que nosotros no queremos. Recemos, entonces, que el Señor nos ayude a buscar la grandeza a través el servicio a nuestros semejantes. Pidamos que nos ayude a desear sobre todo lo que es beneficioso a nuestros semejantes en lugar de concentrarnos en nuestros propios intereses. ¡Que Dios los bendiga a todos!

Isaías 53, 10-11; Hebreo 4, 14-16, Marcos 10, 35-45



Fecha de la Homilía: el 21 de Octubre, 2012

© 2012 – Fr Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20121021homily.pdf